

EL LIBRO DE LA SEMANA

Juego literario libre y sin trabas

La última obra de John Barth, uno de los pilares de la generación posmoderna de la novela estadounidense, refleja la influencia de Cervantes, su parodia y su estructura

Giles, el niño-cabra

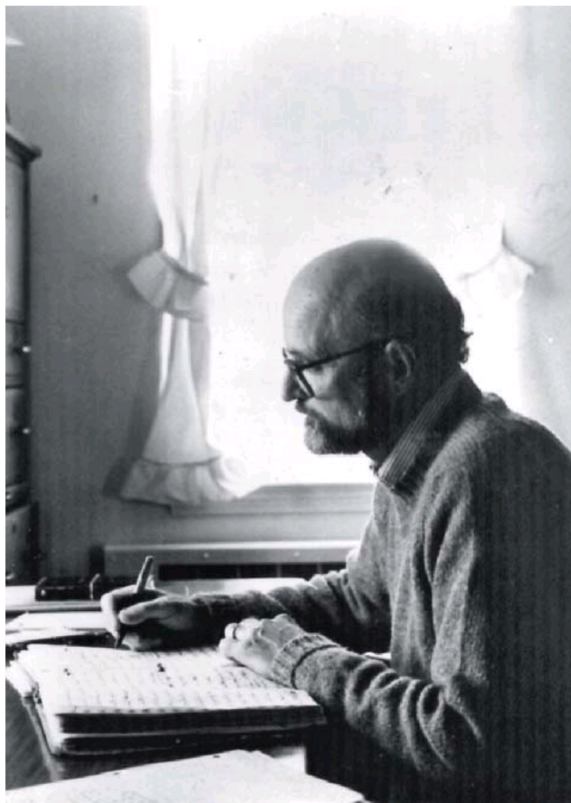
John Barth
Traducción de Mariano Peyrou
Sexto Piso, Madrid, 2015
1.120 páginas, 35 euros

Por José María Guelbenzu

JOHN BARTH ES UNO DE LOS PILARES DE LA GENERACIÓN POSMODERNA que lideró la novela norteamericana en los años sesenta y setenta del pasado siglo. Gaddis, Gass, Pynchon, Hawkes o Coover eran y son sus cabezas visibles y su influencia ha llegado hasta Jonathan Franzen y los escritores de su generación. En el caso de Barth, dedicarse a lo que se ha llamado metafiction suponía en la práctica el fin del principio estético como algo autónomo y su sustitución por el juego literario libre y sin trabas; es decir: el modernismo se había venido ateniendo al orden y la norma del realismo y ellos reaccionaron decididamente en contra. Malcolm Bradbury lo resumió muy bien como "el paso de lo legible a lo escribible". Ni que decir tiene que este abandono del realismo ocasionó una especie de barra libre de experimentalismo a costa del sufrido lector medio.

Pero *Giles, el niño-cabra* resultó ser un éxito, un *best seller*, como también les sucedió a otros posmodernos. Esta novela debe mucho al *Tristram Shandy* y, si nos vamos más atrás, percibiremos la sombra del *Quijote*, que Barth conoció y admiró gracias a las enseñanzas de Pedro Salinas en la Universidad Johns Hopkins, en la que eran alumno y profesor, respectivamente. Son referencias que están presentes en su obra, desde el sentido de la parodia, de Cervantes, hasta el modo de construir un mundo desde la autoconciencia, de Sterne.

Giles, el niño-cabra está concebido sobre la idea de que una Universidad es una representación del mundo. Giles es un niño criado entre cabras, protegido por un ex-profesor llamado Spielman y amamantado por una cabra apellidada Appenzeller, en los corrales de la Universidad de Tammany. Cuando descubre que es un humano, toda su obsesión es convertirse en el Gran Maestro que redimirá a la Universidad, que se halla bajo el maligno influjo y la tiranía de un sistema representado por un ordenador llamado Ordaco, y liberar a los demás humanos; para ello debe introducirse en el estómago de la bestia y desprogramarlo.



El escritor John Barth. Foto: William Denison

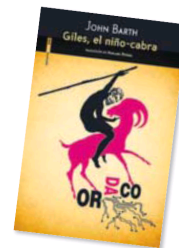
La novela cuenta el proceso de esta aventura que, como cabe imaginar, está llena de sucesos bajo la influencia del mito mesiánico por el que Giles ha de convertirse en redentor.

Así como el arte de Pynchon está fundado en la perplejidad, el de Barth está fundado en la entropía. Su novela opera en

tres líneas de desarrollo: el del conocimiento ordenado, secuestrado y dirigido por la Universidad Tammany, que es el mundo, al que hay que devolver su verdadero sentido, pero provocando el desorden del sistema al desconectar el programa ORDACO; el de la confrontación de una escritura liberada de la tiranía del estilo realista por medio

de la experimentación del lenguaje ("For me, everything depends on language", John Hawkes); y el del mito, que no es más que una representación poética de la realidad y al que se añade en este texto una cierta reescritura del Nuevo Testamento al socaire de la idea de redención.

"¡Imaginate", dice George, el nombre que adopta el niño-cabra, "que un hombre descubre cómo entrar en el ORDACO y en el ORDACE y cambiar sus MIRAS de modo que nunca pudiera hacerle daño a nadie!". Ese es el verdadero comienzo de la aventura del héroe-redentor. La novela se titula *El nuevo Syllabus revisado*. Eso es lo que finalmente busca George, la fijación de un nuevo Syllabus o Programa que alcance a cambiar por medio de la entropía un equilibrio final de máxima entropía en cuyo transcurso, naturalmente, habrá de producirse la pérdida de energía correspondiente a la magnitud del suceso. Pero Barth lo eleva a un grado tal de pretensión que la variedad de recursos expresivos acaba siendo opresiva,



y la minuciosidad del relato, propia de un grafómano. En su planteamiento, el objetivo de la narración es el artificio literario en sí mismo: ¿un callejón sin salida? ¿Una vía de agotamiento? En el libro, sin embargo, el mito y la fábula son conscientes y detalladamente explorados en relación con el absurdo y la infelicidad de la vida moderna.

Barth —se ha dicho— practica una escritura cuyo fin "no es la realidad en sí, sino el proceso estructurado de descubrimiento imaginativo de la realidad", con lo cual ésta queda bajo la línea de flotación de los textos, pero es justo la que sostiene su flotabilidad. En definitiva, esta parodia quiere redescubrir la realidad por medio de una escritura altamente imaginativa.

De lo dicho se deduce fácilmente que no es libro para el lector español corriente y moliente, sino para verdaderos amantes de la literatura. A estos hay que advertirles que paso a paso se hace el camino. Las mil y pico páginas de esta novela requieren de terminación y buen ánimo. •

CINCO PISTAS SOBRE... Karl Kraus

Políticamente incorrecto

La sátira conducía su demoledora crítica. Cuidó con celo el lenguaje, en el que veía un indicador de los males del mundo

Por Cecilia Dreymüller

KARL KRAUS (1874-1936) ERA NO SÓLO lo que hoy se llama "políticamente incorrecto", sino un verdadero castigador que atacaba cualquier manifestación de incorrección verbal y de hipocresía social.

1. El látigo del aforismo. La sátira era el vehículo de su demoledora crítica, y desde allí disparaba con chispa aforística contra todo tipo de objetivos, desde la novela rosa hasta la reprimida sexualidad de la época.

2. Crítica mediática. Desde la fundación en

1899, su revista *Die Fackel* (la antorcha) fue la tribuna de una feroz campaña contra "el mejunje de facticidad y tópico" empleado por los medios de comunicación, y pronto Kraus se convierte en azote del periodismo: "No tener una idea y saber expresarla: eso hace al periodista". En contrapartida era silenciado sistemáticamente por la prensa vienesa que no mencionaba nunca sus multitudinarios recitales. Ya en 1913 acusa a periodistas y directores de periódicos no sólo de haber deslavazado el lenguaje y contribuido a la deshumanización de los lectores, sino directamente de instigar a la guerra. Cómo pudo suceder, qué ambiente

se preparó y qué jerga sembró el odio nacionalista se plasma en *Los últimos días de la humanidad*. Claves para leer esta crucial pieza dramática, para acercarse a la obra de Kraus en general, ofrece ahora Adan Kovacsics en su ensayo narrativo *Karl Kraus en los últimos días de la humanidad* (Ediciones de la Universidad Diego Portales, 2015).

3. La primicia del lenguaje. El legado del proverbial celo lingüístico de Kraus es un signo distintivo de la literatura austriaca hasta hoy. Para Kraus el lenguaje es el indicador de los males del mundo. De ahí que su afán por propagar un vocabulario rico, musical y el uso correcto del idioma implique las más altas exigencias de lectura, pues hace que el lenguaje de Kraus se cierre "deliberadamente", como señala Kovacsics. Lo último que pretendía era congraciarse con los lectores modernos que "son para Kraus criaturas del periodismo que los ha educado para admitir sólo el efecto inmediato".

4. One-man-show. La publicación semanal

de *Die Fackel*, para la que redactaba reseñas literarias, crítica de teatro y música, artículos de opinión y poesía, fue la labor a la que dedicó Kraus su vida. Desde 1911 prescindió de colaboradores y elaboró en un esfuerzo titánico diario hasta 1936 este órgano vivo que sería un referente moral y de buen gusto para generaciones de lectores. Para darle más publicidad, Kraus organizaba regularmente recitales de textos escogidos, donde se revelaba como un verdadero animal escénico y atraía a miles de espectadores.

5. Sidonie o el amor. Que el severo juez de la época, el riguroso formalista y trabajador infatigable era en su cuidadosamente guardada privacidad un amante apasionado sólo se descubrió con la publicación de su correspondencia con Sidonie Nadherny de Borutin, de la que Kovacsics presenta una pequeña selección. La entrega y dulzura que se expresan en estas cartas —cifradas por un complejo código amoroso— aportan otra prueba de la talla humana excepcional del gran Karl Kraus. •

EL PAÍS BABELIA 13.06.15 7